

José Ricardo Morales

El Quijote, un libro que hizo  
época.

(A cuatro siglos de su publicación)

Nuestra intención de presentar una obra de tanta nombradía como el Quijote tiene visos de resultar un imposible. Pues ¿cómo vamos a dar a conocer un texto que se encuentra extensamente difundido en toda la entereza del planeta? ¿No equivaldría semejante propósito, con todas las diferencias que se quieran, a un despropósito de rasgos demenciales: el de intentar atribuirnos, a estas alturas de los tiempos, la invención de la pólvora o el descubrimiento del Mediterráneo? En ese caso, cabe perfectamente preguntarse qué hacemos aquí ahora, en el acto, en este acto. ¿Lanzar un libro, como suele decirse, convirtiéndolo en un objeto arrojadizo que sobrevuele las cabezas pensantes de la concurrencia? Aunque, de ser así, acabaríamos haciéndonos cómplices de aquellos diablos que a la puerta de los mismísimos infiernos, en opinión de Cervantes, jugaban alegremente a la pelota con un volumen del Quijote plagiado por Avellaneda.

Me cabe la certeza de que no es ese nuestro intento, ni mucho menos, pese a que abunden los ejemplos, dudosamente ejemplares, de libros que en vez de constituir objetos imaginarios o proyectantes, acaban transformados en peligrosos proyectiles, si es que nos atenemos a la prensa que anuncia diariamente su "lanzamiento"...

Sin embargo, en cuanto descartamos tales anomalías, pese a que sean nuestro pan cotidiano, de nuevo surge la pregunta sobre qué nos convoca en la ocasión presente. ¿El hecho de que el texto del Quijote, en conmemoración de sus cuatrocientos años de existencia, y bajo la tuición de cuantas academias hay en nuestra lengua, reaparezca en la suma de trescientos mil ejemplares, nunca mejor nombrados, dado que son realmente tales?

Concebido en semejantes términos, ¿celebramos tal vez que lo cuantitativo --representado por tan crecida cantidad de textos-- adquiera determinada condición cualitativa, como supuso un pensador del siglo XIX? Aun cuando, en ese caso, hemos de convenir en que las cualidades de esta publicación se deben, sobre todo, a la naturaleza excepcional de la obra impresa y al merecido trato que le prodigaron quienes contribuyeron a su nueva estampa.

Pero, pensándolo de otra manera, en viceversa, ¿no ocurrirá que un texto tan cualificado como es el del Quijote merezca ser cuantificado ampliamente, para gozo y disfrute de los más, habitualmente excluidos de los frutos mejores del entendimiento? Averígüelo Vargas, según tituló Tirso una de sus obras, porque entre las dos opciones que sugiero, bien podemos quedarnos... con ambas a la par, ya que las conclusiones basadas sobre aspectos parciales de un problema nunca resuelven nada.

Sea como fuere, el caudal de preguntas motivadas por esta nueva edición del Quijote, puede también acrecentarse cuando reflexionamos respecto a la naturaleza del texto aquí tratado y sobre su situación en el tiempo, así sea el de su aparición primera, hace unos cuatro siglos, como el de la apreciación que le prodiguen nuestros días. De este modo entendido, el tiempo histórico difiere por completo de aquel que consideran los físicos, definiéndolo como "lo que miden los relojes", para dejarnos in albis o en ayunas. Es posible afirmarlo porque dicha definición implica una aporía, un pensamiento en círculo, pues propone al reloj como el instrumento que calcula el tiempo, mientras que el tiempo es la entidad medida por el reloj, yendo así de un referente a otro, sin salida y sin término.

Con un sentido muy distinto, el tiempo de la historia no es el del mero transcurso mensurable, sino el de la interpretación de éste, según las obras y los acontecimientos humanos que lo caractericen. Así entendida, su temporalidad es de índole cualitativa e incluso, en ocasiones, personal, por ello nombrable, ya que permite referirse al tiempo de Bach o al de Schumann, al del barroco o al del romanticismo,



pues depende de cuanto se haya hecho en él y por quiénes, en un momento dado. El paso del tiempo dado al tiempo "hecho" constituye la historia, pero ese paso corresponde darlo en nuestros días, de acuerdo con las posibilidades ideativas que pongamos en juego para interpretar el tiempo ido. De modo que la historia no es el estudio del pasado por el pasado, como suele creerse, sino la estimación de aquello que ocurrió, según sean los supuestos a que ahora recurramos para su comprensión. Por ello, al tiempo histórico lo calificué de tiempo estrófico o en giro, pues nos obliga a proponerlo en reversión, a redropelo, ya que **debemos** remontar el curso de los acontecimientos con el fin de **apreciarlos** por entero, en el doble sentido que permite un tiempo **concebido** a la par en progresión y regresión.

Aunque, por otra parte, también suele omitirse que si al pasado le debemos la tradición --entendida como 'aquello que se nos ha entregado', de tradere--, hemos de considerar, además, que aquel antaño fue a su vez un presente, y como tal un tiempo incierto, que debe problematizarse a partir de nuestras maneras de pensar. Estimándolo así, el pensamiento consiste en presentar, puesto que implica tener presente aquello que sea, para hacerlo presente con rigor, representándolo. Aún más, dichas modalidades de presentación, pertenecientes al pensamiento y al tiempo histórico, implican que al actualizar con ellas cuanto nos interese o afecte, terminaremos haciéndolo actuante.

Esta, y no otra, es la finalidad atribuible al acto en que nos encontramos: la de reactualizar una obra mayor, perteneciente a nuestra tradición, haciéndola actuante según el leal saber y entender propios de nuestro tiempo. No se trata, por tanto, de difundir una obra sobrado conocida, sino de darle una nueva acepción que lleve a popularizarla, en el mejor sentido del término, aquel preconizado por un gran escritor, al afirmar que "en España, lo que no es pueblo es pedantería". Si el devolver al pueblo aquello que es del pueblo puede significar la pretensión de esta edición del Quijote, calificada de "popular", "lo populoso", implícito en la gran suma de ejemplares a que me referí, lleva consigo

otra noción afín o hermana: la de "lo público", entendida como aquello que permanece abierto a todos, dejándolo a merced de cuantos quieran utilizarlo. De manera que el propósito de popularizar y publicar una obra tan compleja como el Quijote, dándole fácil acceso, también requiere acompañarlo de ideas que arrojen nueva luz sobre su texto, poniéndolo "a la altura de los tiempos", según sean las exigencias del presente.

Esta labor, que no es mansa ni muelle, la efectuaron a conciencia quienes tuvieron a su cargo la responsabilidad de actualizar los modismos, los giros e incluso la ortografía de la obra, para mostrar además, ante todo y ante todos, la muy subida complejidad que el texto encierra, revelándola. De esta manera, "poner al día" una obra tan extremada como la que tratamos, no solo implica 'darla a luz', en el sentido recto del vocablo "editar", sino el de darle la luz necesaria para su plena comprensión en nuestros días. Por ello, la auténtica presentación del libro no la hacemos ahora, pues debe **asignarse** a quienes efectuaron el trabajo riguroso de traerlo al presente, ofreciéndolo a la manera de un presente o regalo hecho con desprendida donación, merecedor como ninguno de nuestra gratitud.

Naturalmente que esta actualización, atribuible al rigor filológico e histórico propio de nuestro tiempo, requiere preguntarse, y no por añadidura, cómo a su vez la originó Cervantes, en función del concepto que tuvo de la novela, entendiéndola, literalmente, como 'novedad'. El asunto es de considerable latitud, y porque el tiempo de que dispongo es algo más que el de un suspiro, me obligaré a exponerlo en una abreviación forzosa, haciéndolo respectivo al tema aquí esbozado: el concerniente a la vigencia de una obra mayor y a su actualización.

El Quijote, en concordancia con la idea previamente expuesta del tiempo "hecho", inherente a la historia, cabe estimarlo como un libro que "hizo época". Ahora bien, ateniéndonos a la noción griega de epojé, conviene recordar que el sentido real del vocablo es el de lo acotado, lo cerrado



y puesto entre paréntesis, apreciándolo también como aquello que permanece fijo, en suspensión, al margen o aparte del fluir temporal. Debido a ello, dado que el tiempo de la época se halla concluso y aun delimitado, es posible afirmar que nadie vive su época, ya que nuestro presente se encuentra siempre abierto hacia un futuro impredecible. Así que el decir "nuestra época" resulta inconsecuente, pues encierra una contradicción superlativa. De hecho, vivimos nuestro tiempo, mientras que la transformación de dicho tiempo en época dependerá, en primer término, de haber efectuado en él obras o hechos que lo caractericen plenamente, adoptándolos como puntos de referencia.

Sin embargo, esta valoración de las obras, para considerar que "hicieron época", sólo se puede proponer, en rigor, con el rezago necesario, cuando se hayan agotado las posibilidades del tiempo que las produjo. Por ello, la epocalidad aquí supuesta tiene condición dual, pues corresponde no sólo a las obras hechas, sino a quienes las aprecien a posteriori, según las nociones que aporten para definir las. En tal sentido, ateniéndonos al tiempo en que vivió Cervantes, las diferencias habidas entre la literatura manierista y la barroca era imposible establecerlas claramente sobre las obras inmediatas, aparecidas por entonces, de modo que debió esperarse a que llegaran nuestros días para poder nombrar aquellas épocas y deslindarlas entre sí, de acuerdo con nuestros supuestos.

A este propósito, hoy apreciamos con plena nitidez cómo Cervantes rompió la permanencia y la continuidad de la epopeya, producto de otras épocas y de una tradición sobrepasada, en la que algunos personajes del Quijote situaron el punto de partida de la novela. No obstante, desmintiéndolos --aunque sin consignarlo expresamente en su obra--, Cervantes recurrió a la narratio, incluida en las antiguas causas judiciales como una parte obligatoria de ellas, destinada a dar una exposición fidedigna de los acontecimientos y no a la exaltación de éstos, como hizo la épica. Es más, Cervantes desarrolló la narración desde todos los puntos

de vista concebibles entonces, e inclusive abriéndole un camino nuevo, de consecuencias imprevisibles en su tiempo: el de tomarse a sí misma como objeto de conocimiento.

Por otra parte, la clausura de la epopeya, en cuanto representante de épocas pasadas y de la tradición, la llevó a cabo Cervantes con su ironía característica, efectuándola por medio de Don Quijote, concebido como un personaje literalmente extemporáneo. Cabe calificarlo así no sólo porque vivió fuera del tiempo que le correspondía, sino porque intentó actualizar constantemente un pasado obsoleto, para modificar con él un presente difícil y evasivo, poniéndolo en tela de juicio. De esta manera, la oposición posible entre dos tiempos diferentes --el de una época conclusa, cerrada, y el cotidiano, abierto e impreciso-- se manifiesta en el Quijote como un conflicto entre dos mundos: aquel que Don Quijote había sacado en limpio de sus muchas lecturas --dado que "mundo" significa 'lo limpio'--, situándolo frente a su opuesto, el otro mundo, el in-mundo, el desastrado y sucio de un presente que requería intervenir en él drásticamente, con extremos cuidados o con violentas rectificaciones. De manera que al convertirse Don Quijote en el representante del conflicto habido entre dos tiempos y dos mundos distintos y aun distantes entre sí, le hizo el extra-vagante, el excéntrico e incluso el descentrado por excelencia, puesto siempre en camino, abriéndose nuevas rutas, que para él fueron rupturas, oponiéndose siempre a la rutina y a la inercia, que para él fueron inepticia.

De esta manera entendido, Don Quijote se representa como el desplazado por antonomasia, tanto del tiempo como de su lugar de origen, haciéndose anacrónico y utópico a la par. Por ello emplaza al mundo entero, con el propósito de transformarlo, poniéndose fuera de sí, demencialmente, al encontrarlo fuera de lugar. Esa lucha constante que lo caracteriza, terminará convirtiéndolo en un mito:



el del que alza sin tregua castillos en el aire, haciéndose el representante por excelencia de un país, y aun de su idiosincrasia o particularidad, evidenciadas en un idioma que refleja sus especiales maneras de ser y pensar.

Sin embargo, la mitificación de Don Quijote, atribuyéndole la significación genuina de un pueblo y de su habla, trae consigo un peligro: latet anguis in herba, "la serpiente se oculta entre la hierba", como escribió el poeta. La amenaza consiste en que a fuerza de glorificar a Don Quijote, concluyamos por desconocerlo, encubriéndolo bajo una imagen convencional que no convenza a nadie. Inclusive, el beato arrobamiento que ocasione, leyéndolo, si fuese posible, con los ojos en blanco, tal vez no pase de ser aquel abobamiento a que aludió la gran Teresa de Ávila con distinta intención. Afortunadamente, los trabajos incluidos en esta nueva edición del Quijote llevan consigo un sentido muy otro: el del riesgo que implica la actualización de una obra excepcional, un texto que hizo época y ha de seguir haciéndola merced a la condigna lucidez que le ofrezcan los tiempos, reverdeciéndose con ello.

Al fin y al cabo, si un centenario no actualiza el pasado, muere de necrología. En ese caso, para evitar la consabida literatura de obituario, copiosamente prodigada en semejantes ocasiones, debemos responder debidamente a un texto que, como toda obra mayor, se nos evade constantemente, porque acrecienta sus interrogantes según tratamos de resolverlas. Establecido así el problema, su solución se basa sobre un propósito tal vez inalcanzable. Sin embargo, conviene recordar que el Quijote, así sea por parte de su personaje cuanto por la de su autor, puede considerarse como el libro de los intentos imposibles, hecho posible a fuerza de intentarlos.

Esta aparente inconsecuencia, así como la incertidumbre que predomina en todo el texto del Quijote, respecto a

quiénes son sus personajes, dónde se encuentran situados o en qué tiempo, concluyen convirtiéndolo en un libro directamente precursor de algunos modos de pensar propios de nuestros días. Entre ellos, el absurdo que rige determinadas situaciones, la relatividad de los puntos de vista empleados, las incongruencias lógicas e inclusive la intrusión del caos en varios de sus episodios. Aunque, por otra parte, el Quijote anticipa también la condición azarosa del presente, magnificada por una técnica crecientemente destructiva, con la que los molinos legendarios se transforman en edificios gigantescos que pueden derribarse a la velocidad de un soplo; los rebaños de ovejas son, en verdad, ejércitos que hacen la guerra con el pretexto de preservar la vida, mientras que los cohetes interplanetarios actúan como "clavileños" arrojados hacia el espacio abierto, en busca de otros mundos, tal vez mejores, dado que el nuestro, perfeccionándose, aún puede ser peor...

Como quiera que sea, en vista de las afinidades habidas entre el Quijote y diversos aspectos del presente, cabe reconocer que la actualización con que contribuyamos a la vigencia de la obra se encuentra anticipada por la propia novela, dadas las muy considerables novedades que trajo consigo. Debido a ello, aunque la referida actualización responda por entero a las ideas de hoy, no debe omitirse que, de hecho, en su sentido primordial es propiedad del autor, don Miguel de Cervantes y Saavedra.